



SUSCRIPCIONES

Trimestre	4	ptas.
Semestre	7,50	>
Año	12,80	>

Redacción y Administración:
San Bernardo, 17, 2.º
MADRID

ORGANO OFICIAL DE LA COMUNIÓN CARLISTA

Fundador: Excmo. Sr. Conde de Campo Espina

"Hay que formar milicias en todos los pueblos"...—dicen "ellos". ¿Y nosotros?...
No tenemos más que repetir:

¡¡¡CENTINELA, ALERTA!!!

Ante los estragos del mal menor

La dialéctica de los motes

¡¡Absolutismo, no!!

Una de las calumnias que con mayor insistencia se han lanzado contra nosotros, y que—seamos sinceros—más daño nos han producido, ha sido la de que somos absolutistas.

Nada más falso, y nada más opuesto a nuestros principios, que tal imputación.

Undándose nuestro programa en los postulados del derecho natural, en los principios del catolicismo, que lo confirman, esciárecen y concretan, y en el espíritu y esencia de nuestra historia, no es posible que podamos, ni debamos, ni queramos, ser absolutistas.

El derecho natural, nos dice, que el hombre, la familia y aun el Municipio, poseen derechos que como derivados de su misma naturaleza y necesarios para su existencia, son *inalienables* e *imprescindibles*.

Ahora bien, como el hombre, la familia y el Municipio son factores esenciales del Estado o nación, no se concibe que la autoridad suprema del mismo goce de un poder absoluto, puesto que en su caso, aquellos carecerían de los derechos imprescriptibles e *inalienables* que poseen, lo cual está en pugna evidente con el derecho natural.

El hombre, además, es sociable por naturaleza, puesto que necesita de la Sociedad para vivir como ser racional y progresar; si bien es verdad que la Sociedad no puede subsistir sin autoridad que la rija y gobierne, sin embargo, ésta tiene innecesariamente que realizar su función rectora y gubernativa conforme a las exigencias naturales a que obedece la existencia de la Sociedad. Por lo tanto, las facultades de la autoridad no pueden ser absolutas.

Por eso decían los pensadores católicos que «los pueblos no son para los reyes, sino los reyes para los pueblos», dando a entender que la razón de ser de los reyes (y en general de quienes encarnan la autoridad suprema) no está en ellos, sino en la necesidad de vivir racionalmente y de progresar, de los individuos y de la sociedad.

Como que casi pudiera decirse que el único que carece de derechos propios en una nación es la persona que ejerce la autoridad suprema, puesto que está obligada constantemente a procurar, garantizar los derechos individuales y a promover el bien común. Y no se diga que los tradicionalistas hemos difundido que los reyes reinaban por la gracia de Dios, como dando a entender que podían reinar como les diera la gana, puesto que la autoridad de que gozaban era independiente absoluto de los hom-

bres, ya que les provenía de Dios.

La autoridad, es cierto, viene de Dios. Ningún hombre puede mandar a otro, porque todos los hombres son iguales. Luego si alguien ejerce autoridad sobre otros, no proviene de éstos, sino de otro superior a todos ellos, que es Dios. Pero Dios—que es el que ha creado al hombre y a la sociedad—transmite la autoridad tituyenpor medio de los hombres que constituyen la sociedad.

Estos son los que eligen la persona que ha de poseer la autoridad suprema, y los que la condicionan, es decir los que formulan las bases del ejercicio de la autoridad. De modo que pueden destituir la sino se ajusta a las mismas. Ahora bien; ¿qué bases tienen que ser éstas? Necesariamente, indefectiblemente, las que garanticen la existencia y desarrollo de los derechos naturales del hombre y de la sociedad, y procuran y promueven el bien común. Es decir, que la autoridad, por lo mismo que proviene de Dios—aunque transmitida y condicionada por los hombres—está más obligada, por decirlo así, a servir al fin del hombre y de la sociedad y, por lo tanto, menos absoluta y más condicionada y subordinada, que en cualquier otra hipótesis.

Por eso en nuestro programa consta, categórica y terminantemente, que el rey no ha de regir y gobernar al pueblo conforme le plazca. Nada de eso. Por el contrario, está obligado a hacerlo conforme a lo dispuesto en las leyes fundamentales que las Cortes formulan.

Conste, pues, de un modo definitivo y para siempre, que no somos, no podemos y no queremos ser absolutistas.

Somos cristianos, somos seres racionales, somos españoles, y no debemos someternos a ningún régimen absolutista. E.

«Los que por medio de leyes quieren apagar la creciente llama de las pasiones populares, trabajan ciertamente por la justicia; pero han de tener entendido que gastarán su trabajo con ninguno o al menos con muy pequeño fruto, mientras con ánimo obstinado rechacen la virtud del Evangelio y no quieran unir a los suyos los esfuerzos de la Iglesia. Porque en éste está el remedio de los males, a saber: en que mudando de consejo, vuelvan el público y los particulares a Jesucristo y al modo de vivir cristiano.» (De la Encíclica Ex unte.)

El Carlismo, única esperanza de salvación nacional

La teoría del *mal menor*, en mala hora expuesta y defendida con extraño e inconcebible apasionamiento por moralistas, doctos, pero fáciles de contentar, ha tenido, por desgracia, un éxito que, de seguro, a estas horas de dolor en que a todos nos van tocando demasiado de cerca las brutales y trágicas consecuencias de su aplicación a la política nacional, debe de pesar y hacer llorar a aquellos sesudos varones, sus cándidos apologistas de hace un cuarto de siglo.

Acaso la propia pesadumbre del mal que hicieron, en su candidez y torpeza, con tan tremenda equivocación, que dislocó y destruyó las fuerzas auténticas contrarrevolucionarias y apagó el espíritu combativo de las presentes generaciones, educadas en ese ambiente de tibieza y de re-

signación, y dió, por añadidura, pretextos hipócritas para justificar las más cobardes claudicaciones y las más sangrantes apostasías, mantenga a esos moralistas, cabizbajos, avergonzados y mustios, rumiando en el destierro el desastre de su política y el descalabro de su táctica suicida.

Pero el terrible mal del *mal menor* ya está hecho. A él se acogen, con placer morboso de complicidad, todas las cobardías, todos los egoísmos, todos los desfallecimientos y todas las apostasías. Han proporcionado cómodo recurso para todas las renunciaciones, para el olvido del ideal y para el aferramiento al materialismo. Por el contrario, ante la fuerza demoledora de esa tentadora moral acomodaticia, el espiritualismo cristiano, con to-

das aquellas admirables virtudes que le rodeaban como espléndida, encendida y brillante diadema, ha ido batiéndose en retirada, humillado de día en día, batiendo siempre en las conciencias anestesiadas por el tóxico corrosivo del *mal menor*, vencido sin remedio.

En la absurda doctrina del *mal menor* aplicado a la política, se ampararon y amparan todavía los comodones, los tibios, los faltos de virilidad, los concupiscentes, los que se sienten demasiado atraídos por los dulces calores del presupuesto, los que no sienten preocupación alguna en sus vidas afeminadas, sin nervio en la voluntad que vibre ni fe en las almas que ilumine y encienda en el entusiasmo más que el amor malsano al cobro tranquilo y seguro del cupón y al disfrute pacífico del bienestar material.

Y es que, en definitiva, el *mal menor*, con sus tintes fingidos de prudencia *sui generis*, aplicada a la política, como norma de conducta y como táctica de renunciamiento, de impotencia y de desilusión, no parece estar inspirada en otra cosa que en la *musa temblorosa del miedo*; y así, las derechas ideológicas, confundidas hoy, por el materialismo ambiente con las derechas económicas o de intereses, de retirada en retirada y de claudicación en claudicación, nos hemos visto un día aliados y del brazo —¡oh, cruel ironía del Destino!— de la masonería, la tradicional enemiga del Cristianismo; y, para engañarnos a nosotros mismos, hemos tenido que decir, como niños miedosos, para engañar su miedo, que la masonería no tiene en la política española ni la malicia ni la influencia decisiva que los *intransigentes*.

que el acto de vivir lo es. Y no sólo alcanza a lo que ha menester cada día, puesto que como ser racional y, por tanto previsor, sabe que puede caer enfermo, que pueden, circunstancias externas (como el clima u otras), impedirle trabajar en determinados días y aun meses, y que, por tanto, necesita disponer de un número mayor o menos de elementos para vivir durante las épocas en que él no ha de poder o no le han de permitir, trabajar.

El acto, pues, esencial de vivir, exige para el hombre, el derecho de propiedad; como que sin realizarlo no podría vivir. Luego el derecho de propiedad existe.

Temas sociales

LA PROPIEDAD

El problema social

recho de propiedad existe y es innato e inherente al hombre.

El hombre si ha de vivir (y tiene una tendencia incoercible a la vida) tiene que apropiarse de ciertos elementos que la naturaleza le proporciona, casi siempre mediante un trabajo y hasta tal punto que se los asimila y los convierte en substancia propia.

Tiene, pues, derecho de propiedad sobre aquellas cosas o bienes que él produce con mayor o menos esfuerzo, y que le son necesarios para sustentar su vida fisiológica.

Pero al hombre no le basta con vivir: tiene también una tendencia no menos incoercible a reproducirse a perpetuar la especie.

Ahora bien; para realizar esta operación natural, necesita de mujer a la que también le es necesario vivir, y a la cual tiene imprescindiblemente que alimentar.

Necesita, por tanto, apropiarse de los elementos que le son necesarios a su mujer para sustentar su vida. Una vez que ha tenido hijos, como éstos durante muchos años son incapaces de sustentarse a sí mismos, el padre necesita trabajar, y adquirir los elementos necesarios para que sus hijos vivan.

Es decir, que el hombre necesita para sostener su vida y perpetuar la especie, ejercer el derecho de propiedad de un modo absoluto y completo sobre determinados elementos. Pero ese derecho de propiedad tiene que ser permanente y duradero, puesto

les le atribuyen. Y hoy, cuando ya no queda nada que ceder ni terreno adonde retroceder, y a nuestros pies se abren con sus negruras espantables las simas profundas de la muerte, todavía levanta su voz el *mal menor*, para confiar, como en una esperanza, en el socialismo astuto de un Prieto, frente a la arremetida descarada de un socialismo a lo Largo Caballero.

Prieto, con su glorificación de la revolución de Asturias, con sus impiedades, que constituyen su más acusada característica, para esa turba de gentes que han perdido el sentimiento del honor, de la verdadera fe y de la masculinidad, es hoy la esperanza, es el *mal menor*; porque Prieto, con sus habilidades, aun respeta el cupón del papel del Estado y de las acciones de las Sociedades anónimas, y aun da la mano a la egoísta y descreída plutocracia nortea. ¿Qué importa que a la vez reniegue de Dios y sea perseguidor de los católicos y de la Iglesia?

Contra todo esto es preciso reaccionar rápida y energicamente. ¡Señores moralistas, señores educadores de la juventud! Hay que devolver el espíritu varonil a la sociedad y acostumbrar a los hombres a la lucha para hacer de ellos hombres y no pobres peleles. Hay que enseñar que lo que en esta misera vida—que hoy, ante los indignantes días presentes, no merece la pena de vivir—hay que buscar es el reino de Dios y su justicia. Hay que fortificar el corazón y educar a la voluntad. Hay que mirar a lo alto y hacia las cumbres, que con nuestro perseverante esfuerzo es preciso escalar. Hay que luchar reciamente, y como hombres, y no huir, y resignarnos, y transigir, y entregarnos como cobardes. Hay que confesar a Cristo, y no negarlo, como Pedro, delante de las mujerzuelas.

Volvamos los ojos al pasado, para aprender a ser cristianos y ser españoles; y al ser españoles y cristianos, seremos carlistas, que el Carlismo representa la continuación de la patria antigua, con sus sentimientos, con sus creencias, con sus heroísmos, con su hidalguía y su caballerosidad, con la reciedumbre de su espíritu, con su amor al sacrificio, con sus desprendimientos, con sus generosidades. Volver al Carlismo es volver a ser luchadores, a ser creyentes, a ser hombres. Todavía hoy, en medio de la confusión reinante, mal que les pese a los de la *táctica funesta*, a los mal minoristas, es el

PERTINAX.

(Continúa en la pág. 2)

Por qué no somos fascistas

Las lecciones de la adversidad son demasiado claras y elocuentes para entretenernos ahora en pueriles disputas.

Don A. M. A.—*La Coruña*: Agradecemos la cariñosa simpatía con que mira Vd. los asuntos carlistas, siquiera no compartamos, todavía, por completo, nuestros puntos de vista. Nosotros estamos seguros de que hemos de verle muy pronto a nuestro lado, poniendo en servicio de la Causa Carlita, todo el fuego de su hermoso corazón y el entusiasmo de su juventud, batalladora y decidida.

No es extraño que Vd. y tantos otros como Vd. estén un tanto desorientados en lo político. No tienen Vdes. la culpa, antes al contrario, es muy de alabar y de satisfacer el ansia con que buscan Vdes. la verdad y el afán por ser útiles a la Causa de la Religión y de la Patria. La culpa, es, incuestionablemente, de quienes les dieron una tan pésima educación política, si es que les dieron alguna. Sobrados motivos tienen los aludidos educadores, a la vista de las desgracias presentes, para estar arrepentidos de sus torpezas y de sus errores, y no sería todavía tarde, si supieran rectificar como es debido.

De esa desorientación política que denunciarnos nacían esos desplazamientos, que pudieran parecer inconscientes, y, sin embargo, no lo son, de unos campos políticos a otros, sin que en ninguno encuentren satisfacción las ansias nobles de la juventud. De la falta de preparación política es hijo el otro fenómeno, que debería preocupar a los directores de conciencias: la facilidad con que nuestras derechas ideológicas, por el gesto gallardo de Falange Española.

Porque es el caso que, en muchos puntos están reñidas las afirmaciones doctrinales de Falange, con la Filosofía Católica y con las mismas verdades fundamentales de nuestra Religión. Así, por ejemplo, Falange mira al Catolicismo nada más que como el Credo religioso tradicional de los españoles, pero no alcanza, ni juzga de su verdad, limitándose a respetarlo sólo por la expresada razón. No intenta siquiera fun-

(Viene de la pág. 1.)

Carlismo la única y verdadera esperanza de restauración nacional, porque alienta en sus hombres la fe y el sentimiento del deber, el espíritu de sacrificio y el amor al ideal; porque, cuando todos huyen y claudican y niegan a Cristo, vive esta Comunión política que lleva cien años siendo el valladar contra la Revolución en todas sus formas y modalidades, y que, aun ahora, después de tantos enemigos como se concitaron contra ella, de entre aquellos mismos sectores que tenían el deber de gratitud y de egoísmo de defenderla y fomentarla, se apresta a la lucha, sin reparar en esfuerzos ni en dificultades; y para ello cuenta con masas de hombres de fe y de corazón, y cuenta con un caudillo, hecho ya a la adversidad, curtido ya como un veterano en las luchas contra la Revolución y el marxismo, digno sucesor de aquel inolvidable Carlos VII, que ha pasado a la Historia como héroe de leyenda y espejo de capitanes y de caudillos.

Frente a la Revolución, el Carlismo verdadero, y a la cabeza de éste la figura caballerescamente de Carlos VIII!

LA FE.

darse en las divinas doctrinas del Evangelio para la busca de la paz los hombres de todos los tiempos enseñanzas y doctrinas, que, sobre ser verdad, y ser palabras de Dios están reconocidas, incluso por los propios socialistas, como social, como si nada le dijeran a principios de justicia que, de ser llevados a la práctica sin deformaciones egoístas, ni subterfugios, ni salvaduras, ni claroscuros, hubieran producido la paz y la justicia tan deseadas por todos los que sufren y padecen.

Falange, ha preferido pasar plaza de avanzada y de europea, dejándose deslumbrar, a pesar de llamarse española, por los figurines extranjeros, y, pretendiendo combatir al marxismo, predica un socialismo, más o menos perfumado, copia servil del nacional-sindicalismo alemán, muy inadecuado para estos países de libertad e independencia, como son, gracias a Dios, las tierras de España.

Autoridad, para nosotros indiscutible, cual la del Padre Santo, llamó la atención en documentos memorables y luminosísimos, acerca de los errores religiosos de los fascistas, y contra ellos reclamó, frente al poderío orgulloso de Mussolini o de Hitler, el derecho a la educación religiosa de la juventud, que jamás puede ser derecho ni función del Estado lo que es derecho y misión de la familia y de la Iglesia.

De otra parte el concepto de patria, de Falange Española, dista mucho de responder al concepto tradicional español y a la constitución íntima e interna de España. Por el contrario, es la antítesis completa del sentido nacional, genuinamente nacional, y en tal sentido somos y seremos siempre los carlistas los enemigos más decididos del fascismo, pese a todas las simpatías que puedan inspirarnos el desprecio a la vida que demuestran constantemente sus afiliados, que, en esto no harían más que imitarnos a nosotros, si hubieran llegado, que todavía no lo han hecho al grado de heroísmo, de constancia y de abnegación a que hemos llegado los actores de tres guerras llevadas a cabo, con incesantes sacrificios de todas las clases, por la Causa de la Religión, de los fueros, esto es de la libertad verdadera de los pueblos, y de la Monarquía legítima representada por los Príncipes de la Dinastía Carlita.

A propósito de esto es interesante y oportuno recordar que Carlos VII, ilustre por tantos conceptos, escribía de esta manera:

«Amante de la descentralización, según consigné en mi carta manifiesto a mi hermano, hoy os digo, pública, solemnemente, intrépidos catalanes, aragoneses y valencianos: Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo, Felipe V, creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las franquicias de la Patria. Lo que él os quitó como rey, yo os lo devuelvo; que si fuisteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sois ahora de su legítimo descendiente. Yo os devuelvo vuestros fueros, porque soy el mantenedor de todas las justicias, y para hacerlo, como los años no transcurren en vano, os llamaré, y de común acuerdo, podremos adaptarlos a las exigencias de nuestros tiempos. Y España sabrá una vez más que en la bandera donde está escrito: Dios, Patria y Rey, están escritas todas las legítimas libertades.»

Aducimos este texto, por tratarse, precisamente de Cataluña, cuyo Estatuto, tan combatido está siendo por quienes tienen de la patria española un concepto que pudiéramos llamar francés, por ello, estiman incompatible con la unidad nacional, los derechos de las regiones, secularmente reconocidos y defendidos. Omitimos, por no hacer demasiado larga esta contestación, textos valiosísimos de Mella, a quien las generaciones de Falange y de Renovación Española, llamarían, sin duda, si viviera, un frenético separatista, siendo, como era, un gran español.

Apesar de estas diferencias doctrinales, estimamos, como es justicia, el desinterés de Vdes. y el entusiasmo que ponen en la defensa de sus ideales. Y, en cuanto a Vd. le felicitamos por el honor que le han hecho—digan lo que quieran los legalistas y los izquierdistas, hoy, esto es un honor—de hospedarle en ese no bien confortable hotel donde se encuentra, contra su voluntad. Para el perseguido, todas nuestras simpatías.

—O—

Don E. C.—*Vigo*.—Agradecemos las palabras de aliento que usted nos dedica. Todos debemos poner en estas horas de lucha cuanto podamos aportar, con generosidad, con fe, con entusiasmo. Las lecciones de la adversidad son demasiado claras y elocuentes para entretenernos ahora en pueriles disputas. No, no hay quien se explique la actitud de los elementos de que usted nos habla. Solamente que hayan sido víctimas de un engaño. Así lo creemos nosotros, y estamos seguros de quien haya sido el engañador, desconocido, todavía para muchos, sino para todos los engañados. Recuerde usted que nuestros enemigos, para hacernos fracasar, cuando vieron que no nos podían vencer, enviaron al campo carlista hombres que se fingían carlistas carlistas y sirvieron a la Revolución, buscando, y a veces logrando, puestos de la máxima confianza. Por eso es necesario que cuando alguien llega de campo extraño, o vuelve después de ausencias por lugares desconocidos o por tierras enemigas, se indaguen sus concomitancias, sus verdaderas creencias y la finalidad que le lleva a acogerse a nuestras banderas. De otra manera nos engañarán siempre, como posiblemente nos han engañado ahora.

Hágalo usted saber así a esos buenos amigos vigueses y dispónganse a organizarse para actuar en la única forma en que, en estos tiempos, es dable y conveniente organizarse y actuar. Son tiempos de persecución, y hay que preparar la defensa de nuestros intereses. ¿Comprendido?

—O—

Don A. C.—*Jaén*.—No se preocupen ustedes. Manténganse unidos y confiados en que no falta a la hora presente, que es hora de lucha y de sacrificio, el más obligado, el que debe ser y es el primero en el cumplimiento del deber y en la pelea. ¿Me entiende? Nos consta que su actitud es la que debe ser. Si parece estar en silencio, no está quieto ni callado. Está laborando por la Causa. Los resultados de su labor pronto se habrán de ver, y admirarán a todos, a un a los que ahora desfallecen y desconfían.

Ondas Carlistas

Hasta la lámpara en esta noche jubilosa y sonajera, ha dejado por dos o tres veces a oscuras mi proletaria secretaría, desde donde hago este envío a los lectores de LA FE, apartado de las voces callejeras que han puesto de moda los entrañables amigos de la U. H. P.

No me ha estorbado, pues, este justificado griterío de la actual olimpiada política, ni tampoco creo que los inoportunos apogonitos obedezcan a un estremecimiento atmosférico que vibre con el clamor semi-popular, apoyándole impertinentemente.

En esas voces desde hace mucho tiempo viene faltando el eco sincero de algo que debe estar por encima de toda euforia y partidismo, y ese algo no es ni más ni menos que el dulce nombre de la patria, tan desconsideradamente silenciado; pero cuando los hijos lo ocultan así—como si la madre no existiera—¡qué podrá esperar esa madre de hijos tan desleales!

He aquí, a renglón seguido, cómo por efecto inmediato de tan insincera emancipación, surge la panza gorda nacional, donde se apean tantos incautos para adquirir esas substancias moscovitas que tantos estragos viene haciendo entre los españoles.

El tierno nombre de España no merece ya para esos explotados del sectarismo, ni el más leve reconocimiento, y no es esto, con ser grave, lo más lamentable. Se trata aún de cosa peor, el destacado hecho de conceptuarse a los que amamos y sentimos la patria, como elementos reaccionarios enemigos de la humanidad.

El cristiano nunca fué enemigo de la sociedad. Sin conocer por aquel entonces nada que oliese a marxismo, porque contaba siete años, aún recuerdo perfectamente cómo mis cristianos padres entregaba diariamente una moneda en nuestra escuela para los niños rusos que se morían de hambre. ¿Hay, pues, fronteras en el cristianismo?

Pues si obra tan humana realizaron los padres españoles de la que no pocos niños tomamos el ejemplo, ¿con qué autoridad o derecho puede calumniársenos de reaccionarios, máxime viendo en España muchos hijos de obreros libres que están pasando hambre y miseria, sin que los que tanto blasonan la humanidad se acuerden de ellos o, lo que es peor: aguarde al padre tras las esportillas para envolverlo en plomo?

¡Lástima que aun tengamos limitada la expresión del pensamiento y no pueda desarrollar este tema con la debida amplitud y claridad. Tengamos paciencia, pues nunca es tarde...

Los obreros carlistas, amantes de la Patria, fervorosos hijos de Dios, ineludibles a la auténtica lógica tradicional, que aspiramos al triunfo de nuestros ideales cristianos sociales, únicos positivos para la redención de los menesterosos; los otros hermanos libres, que tampoco transigen con liberales procedimientos y engaños, y todos aquellos de corazón sincero que no sienten odios de hermanos sufriremos los rigores de esta moderna incompreensión que va contra toda razón; pero permanentemente no cesaremos de pedirle a Dios verdadera salud para la anémica España y apoyo en esta cruzada a los que se retraen erróneamente de favorecer nuestro movimiento... No muy tarde vendrán a nuestros brazos y les acogemos tiernamente muchos de los que en esta noche de apogones y sonajeras se han acordado de todo... menos de España.

GUILLERMO COELLO.
Obrero carlista.

El Tradicionalismo y la Religión

Pudo decir y lo dijo con la profundidad y brillantez que le eran características, al gran polígrafo montañés, el insigne Menéndez Pelayo, que el catolicismo había forzado a España. El sentimiento cristiano y más concretamente, el católico, fué el que creó entre los diversos pueblos españoles el ideal común, que fué fundiéndolos en un solo gran pueblo, en una gran nación.

La Religión católica es, por tanto, tan nuestra, tan tradicional, tan característica de nuestra personalidad, como lo es la Reconquista y la civilización de América. Pero aparte de ese arraigamiento característico de la Religión Católica en la esencia misma de nuestra personalidad, que pudiera no haberse dado, es evidente que la Religión en general, y particularmente la Católica, por ser la única verdadera, es necesaria en absoluto a los pueblos para que éste pueda vivir y prosperar y progresar de un modo seguro y permanente. La Religión, en primer lugar, infunde en las almas de aquellos que sinceramente la abrazan, un vivo sentimiento patriótico, y el deseo de servir a la patria con lealtad y alteza de miras.

La Religión, infunde en los creyentes sentimientos de paz, amor y convivencia tan necesarios en un pueblo para que pueda desarrollar sus actividades con tranquilidad. La Religión impone (sin coartar, claro, es, su libertad) el deber de ser honrados, honestos, dignos, rectos y ver-

aces a los ciudadanos, tanto en el cumplimiento de sus cargos privados, como públicos. La Religión dice al ciudadano: «Cumple dócilmente la ley; obedece a las autoridades, porque la autoridad que tienen, de Dios proviene; no perturbar el orden público; no hieras ni quites las vidas a tus conciudadanos; por que aunque puedas escapar de la justicia humana, de la de Dios no has de poder hacerlo».

La Religión ordena al estadista o al gobernante, que sea recto, justo, que no imponga tributos excesivos, que estudie bien los asuntos antes de resolverlos, que no sea tiránico, sino prudente, que procure la paz y el progreso del país, pues si no lo hace, aunque pueda evitar la ira de sus gobernados, no ha de poder evitar la de Dios.

La Religión, dice, además, y señala, cuáles son los límites (desde luego amplísimos) dentro de los cuales pueden moverse gobernantes y gobernados, sin faltar a la moral, a la justicia y al derecho de los individuos, de los pueblos y de los que los siguen.

En una palabra, la Religión es un foco inextinguible de luz que ilumina a los hombres, sean ciudadanos o sean reyes, en el camino tortuoso de su vida privada y pública; y es el agente moral de mayor eficacia para inducirlos a obrar bien en todos los órdenes y circunstancias de la vida.

G.

Doctrina Asturianista

P.—¿A qué se llama derecho de *Facería*?

R.—Al que tienen, a veces, los pueblos próximos para el disfrute de determinados productos de la tierra y pastos comunes, y al sistema por el que se rigen para ello, que recibe los nombres de *a palo en cuello* y *a reja vuelta*.

P.—¿No existe todavía alguna otra particularidad?

R.—Sí; la *andecha* o trabajo corporativo, que consiste en la reunión de personas, hombres y mujeres, para trabajar en común y ayudarse mutuamente, con especialidad si se trata de viudas o huérfanos que por sí no puedan hacerlo; la costumbre de las *dirrotas* en Amiva y Ponga, por la cual se hacen comunes para el pasto todas las tierras, prados y fincas de las *erías* y valles—que no estén cerradas sobre sí—, durante el invierno; otras costumbres, también muy curiosas, en Sobrescobio y Caso, y aun ciertos derechos confirmados por Ordenanzas reales de Felipe II; y, finalmente, en la inmensa mayoría de los Concejos existen particularidades jurídicas peculiares y características, cuya enumeración no es propia de este lugar, porque ocuparía cientos de páginas.

P.—Sin embargo, ¿se pueden aportar algunos datos acerca del carácter popular de nuestras *municipalidades*?

R.—Ciertamente: en las *juntas* convocadas a son de campana en muchos pueblos bajo la presidencia de un *fiel regidor* o *procurador*, aparece este carácter de un modo predominante. P.—¿Qué cosas son objeto de la deliberación de las *juntas*? R.—Todas aquellas que son de interés común de la localidad, tales como el régimen de los ríos, juegos, instrucción primaria, reparto de contribuciones, determinación de la vecindad, arreglo de caminos, etc. P.—¿Qué otra institución

existe en muchos pueblos?

R.—Un Consejo de tres vecinos con las atribuciones siguientes: velar por el cumplimiento de las *Ordenanzas*, inspeccionar los actos de los *fieles regidores*, imponer multas por la no asistencia a las *juntas*, dictar reglas para el aprovechamiento de los terrenos comunes y fomento de la ganadería y agricultura, señalando las épocas en que debe subir el ganado a los collados; establecer limitaciones al aprovechamiento de las leñas en los bosques comunes, autorizar la roturación de terrenos o prohibirla en las vegas acotadas para el aprovechamiento común, etcétera, etcétera. En general, la *Junta* resuelve sobre todas las cuestiones de índole municipal.

P.—¿Qué podemos decir, en resumen, como nota característica del régimen jurídico de nuestros Concejos?

R.—Que se desvía notablemente del patrón general español y exige una *Ley de Gobierno y administración local, especial y privativa, sui generis*, muy distinta de la ley Municipal vigente en la actualidad en España.

P.—¿Hay también algunas particularidades relativas al Derecho minero?

R.—Dada la importancia de la producción minera en Asturias, no podía menos de tener también en este orden algunas costumbres jurídicas para regular el disfrute y aprovechamiento.

COVADONGA.

(Continuará.)

Es en nombre de la libertad o es bajo un régimen de tiranía que se decreta la pena del hambre a esos obreros por el delito de saber pensar por cuenta propia, como corresponde a la dignidad del hombre?

Noticias

Se halla completamente restablecido de la dolencia que le obligó a guardar cama nuestro queridísimo suscriptor y respetado teniente coronel don Antonio Navarro Sierra.

Lo celebramos.

El pasado martes, día 26, hizo su primera Comunión, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el requeté Jaime Gutiérrez Zamora, hijo de nuestros correligionarios don Alejandro y doña Margarita.

NAVARRA

adherida al

NÚCLEO DE LA LEALTAD
ofrece pensión completa en Madrid.

Informarán en el

Centro Carlista

San Bernardo, 17, 2.º

Calendario carlista

MAYO

22.—Combate en la línea de San Adrián a Salinas y Villarreal (1836). En Allo, Navarra, nace don Torcuato Méndiz y Corera (1813).

23.—S. M. Carlos VI lanza su primer manifiesto dirigido a los españoles (1845). Victoriosa batalla de Arlabán (1836).

24.—Victoria de Huesca. Don José Martínez Tenasquero, es ascendido a Brigadier por su bizarro comportamiento en los combates librados en esta capital (1837). Carlos, desde el Real de Villafranca, concede la grandeza de España de primera clase y el título de duque de la Victoria y conde de Zumalacárregui a la familia de este heroico general (1836).

25.—Es ascendido por méritos de guerra don José B. Moore y Arenas (1873). Rendición de Begis (1840).

26.—El hermano de S. M. Carlos VII y su esposa doña María de las Nieves, pasan el Ebro por Flix. Fallece en Hieres Toulón, don Basilio Antorio García (1844), director general de expediciones durante la guerra. Las fuerzas de Zumalacárregui derrotan en Muez a las del jefe isabelino Marqués de Moncayo (1834).

27.—Toma de Ripoll.

28.—Acción de Allo. Los liberales tienen que retirarse a Lerín. Cae Lerín en poder de los Carlistas (1837).

Necrológicas

En Girona, después de haber recibido los Santos Sacramentos, falleció el virtuoso sacerdote reverendo don Ramón Pericot. Entusiasta carlista y culto escritor, favoreció con su valiosa cooperación nuestra Prensa. Su fallecimiento viene a dejar un vacío en las filas de la Causa. Fué suscriptor de LA FE, que solicitó en expresivos y alentadores térmi-

nos a raíz de la aparición del discutido manifiesto a los extremeños, del excelentísimo señor conde de Campo Espina.

Al comunicar a nuestros lectores tan dolorosa noticia les rogamos tengan presente en sus oraciones al virtuoso ministro del Señor.

LA FE acompaña en su sentimiento a las señoras hermanas de nuestro querido correligionario fallecido.

Con retraso llega a nosotros la noticia del fallecimiento de don José Iruretagoyena Arnáiz, ocurrido en Santander el pasado mes de abril.

Fué don José Iruretagoyena carlista ejemplar toda su vida y suscriptor de LA FE.

Deseamos para sus hijos, madre y hermanos resignación cristiana en su justo dolor, al cual se asocia LA FE, y encomienda a sus numerosos lectores hagan memoria en sus piadosas preces por el eterno descanso del finado.

R. I. P.

De Administración

Siguiendo las normas usuales en la prensa, y para facilitar las operaciones de esta Administración, consideraremos como suscriptores a quienes enviándonos nuestro semanario LA FE, no nos hagan su devolución oportunamente.

Visado por la censura

**LEA
Y PROPAGUE
LA FE**

PAPELERIA

IMPRENTA

PLAZA DE SANTO DOMINGO, 7. - MADRID

G. PEÑA

ESPECIALIDAD EN RECORDATORIOS DE 1.ª COMUNIÓN

PUBLICIDAD "SER"

ANUNCIOS EN GENERAL

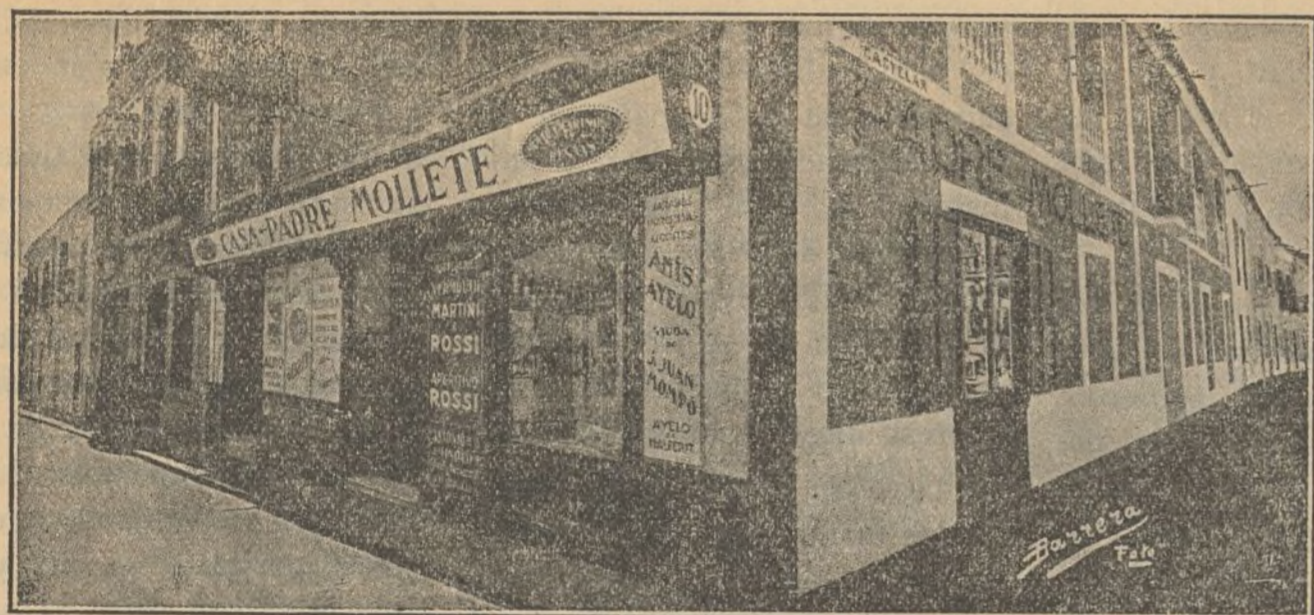
TELÉFONO 123

MÉRIDA

EXCLUSIVAS: Teatros Cinema Norba, Cáceres; López de Ayala y Royalty, Badajoz; Carolina Coronado, Almendralejo; Sequeira, Olivenza; Central Cinema, Azuaga; Salón Moderno, Don Benito; Cine Trajano, Villanueva de la Serena; Calderón de la Barca, Montijo y María Luisa, de Mérida.

RESTAURANT

"PADRE MOLLETE" MERIDA



Este acreditado establecimiento es el más concurrido por los muchos turistas que visitan la histórica ciudad de los césares.

La Casa Padre Mollete



PUENTE, 10 Y CASTELAR, 1

La casa PADRE MOLLETE, institución tradicional en Extremadura, es obligado punto de turismo para comer en las rutas MADRID-MÉRIDA

es un lugar ameno invadido por una clientela numerosa de toda la Región extremeña, que en sus 40 años de existencia encontró los mejores artículos y el servicio más esmerado, y por ella han desfilado escritores, pintores, políticos, etc. etc.

Memorias de un veterano

En el pasado siglo, año 1854 y día 8 de Mayo, nació en la ciudad de Villanueva de la Serena (Badajoz). Mi padre se llamaba D. Manuel Alvarez de la Marina y Herera y mi madre natural de Sevilla y la segunda de Zafra.

Administraba mi padre a la sazón el capital de los Excmos. Marqueses de Torres Cabrera, por quienes tuve el honor de ser apadrinado, contribuyendo en gran parte estos nobles y honrados señores a mi primera educación.

Como el fin que me propongo es recopilar los apuntes que tracé de la guerra, omito el describir los actos caballerescos del Excmo. Sr. Marqués y los de amor a los pobres, entre otros muchísimos, de la Excmo. Sra. Marquesa, a quien con razón llamaban en mi pueblo *el ángel de la caridad*.

A los cinco años, por desgracia, perdí a mi madre (Dios la tenga en su gloria), y la Sra. Marquesa continuó educándome a la vez que a sus hijos; mas también la muerte arrebató su existencia cuando más falta me hacía; yo sólo contaba siete años. Mi padre había contraído nuevas nupcias



Boletín de suscripción

D. _____
domiciliado en _____ calle _____
núm. _____ provincia de _____
se suscribe a este semanario por _____ año _____
El importe de (1) _____ pesetas lo envío por _____
En _____ a _____ de _____
de 193 _____

(1) Año, 12,80; Semestre, 7,50; Trimestre, 4 pesetas.

Dr. R. Comas

ESPECIALISTA DEL APARATO DIGESTIVO

Consulta de 3 a 5

AYALA, 69, pral. dcha.
Teléfono 62841 MADRID

Jesús Cora y Lira
Abogado

Horas: de 3 a 6
Plamonte, 12

Tel. 27471
MADRID

DESDE NAVARRA

Ayer y hoy

Parece ser que la actual Diputación de Navarra está amenazada de muerte. Es decir, que el Gobierno se propone destituir y sustituirla con una Gestora a gusto y capricho de las izquierdas.

Si no lo ha hecho ya débese—por lo que se rumorea—no a respetos, que no siente, como es natural, a la voluntad de Navarra, sino a que las izquierdas se muestran divididas con respecto a las personas que hayan de aceptar el sacrificio de ser gestores.

Antaño, hace veinticinco o treinta años nada más, sólo el rumor de que la Diputación pudiera ser destituida hubiera levantado en vilo a toda o a la inmensa mayoría de Navarra.

Precisamente el derecho más precioso que conservaba Nava-

rra era precisamente el de que su Diputación hubiera de ser siempre elegida por los navarros.

Hoy, sin embargo, la destitución, si se lleva a efecto, no produciría más que el consiguiente disgusto en las derechas.

¿Y por qué se habría de limitar a eso Navarra, a pesar de verse herida en lo suyo?

Porque esas derechas, incluyendo en ellas, claro es, a los tradicionalistas oficiales, no tendrían derecho a más. Si pretendiesen salirse del tono de una mesurada protesta, y aun sin salirse de él, las izquierdas les podrían replicar: «¿Y por qué cuando la Dictadura nombró gestores no os alzasteis reclamando los derechos de Navarra?»

Y tendrían razón. Las derechas—incluyendo en ellas a los tradicionalistas oficiales—no sólo

no protestaron contra las disposiciones de la Dictadura contrarias a sus fueros, sino que se aprovecharon de ella para ser gestores. Gestores fueron, sí, señor, varios tradicionalistas, cuya conducta fué poco después no sólo aprobada, sino aplaudida por las autoridades del Tradicionalismo oficial.

Pues bien, si la Dictadura tuvo derecho, o se le reconoció, a nombrar gestores, ¿por qué no ha de tenerlo un Gobierno de la República?

Si el Tradicionalismo oficial, en vez de aprobar la conducta de los afiliados que fueron gestores la hubiese condenado, hoy podría alzarse contra la disposición que se teme se dicte de un momento para otro. Y lo que decíamos del Tradicionalismo oficial decimos de los demás partidos de derecha.

Claro es que si la Dictadura no tenía derechos de ninguna especie para nombrar gestores en Navarra, menos los tiene la República, pues, además de obligarle a ella, lo mismo que a la Dictadura, el Pacto del 61, alardea de profesar principios democráticos de que no alardeaba la Dictadura. Como que, aun cuando Navarra no poseyera los derechos consignados en la Ley-Pacto de 1841, la República, si fuese democrática, si tuviese intención de respetar la voluntad popular, que al decir de los republicanos «auténticos» constituye su ley suprema, deberá ordenar que se celebrasen en Navarra las elecciones que fuesen

Los nacionalistas están que no caben en sí de gozo: no lo pueden disimular. Triunfaron las izquierdas, y está ya en la Presidencia de la República el señor Azaña, el político al que puso en las nubes el señor Irujo en mitin que dió en Estella hace unos años. ¿Qué más podían desear?

Claro es que nada de ello se opone a que sean católicos, muy católicos, pero católicos de una clase privilegiada, esto es, católicos que pueden conducirse en política con la misma libertad que

necesarias para que la Diputación estuviese regida por los diputados que eligiese el pueblo navarro.

Pero ya hemos quedado—pues una experiencia bastante dolorosa y amarga de cinco años nos lo ha demostrado—en que la democracia de los republicanos es un mito como otro cualquiera... o mucho mayor que todos los demás, y que, por tanto, esperan que respete el derecho de Navarra a tener una Diputación elegida por ella libremente, equivale a esperar que den peras los olmos. El día, pues, que se pongan las izquierdas de acuerdo tendremos gestores... como durante la Dictadura.

Claro es que en cuanto a las personas la diferencia será inmensa, eso, desde luego (a nosotros no nos ciega la pasión); pero el derecho de Navarra se habrá conculcado del mismo modo.

Pero las derechas navarras, si tal sucede, no tendrán el mismo derecho a protestar y aun a suscitar en Navarra una actitud viril y digna de su historia, que si cuando la Dictadura atropelló sus derechos hubiesen adoptado las medidas enérgicas que reclamaba el caso.

Ahora os agradecería, señores derechistas y tradicionalistas oficiales de Navarra, que toda nuestra tierra se levantara erguida y fuerte ante la conculcación del derecho; pero acordaos de que hace muy pocos años, ayer, por decirlo, os parecía bien esa misma conculcación, hasta el punto de condenar las voces de protesta de los buenos navarros.

GOÑI.

si fuesen izquierdas. Aquí en Navarra no levantan cabeza, es cierto; pero se consuelan, y aun gozan, pensando en el triunfo de las izquierdas, y en lo bien que les va, según dicen, en Guipúzcoa y Vizcaya.

En las últimas elecciones votaron con un encantador entusiasmo la candidatura izquierdista, pero sufrieron una derrota aplastante. Pero se consolaron pensando que su candidato comunistoide había obtenido unos cuantos votos más que los demás compañeros.

El drama del Tradicionalismo

Continúa el partido tradicionalista oficial en ese «punto muerto» que tan fatales resultados tiene para los organismos políticos. Los círculos van viviendo. Pero nada más que viviendo. Es decir, sin saber qué hacer.

Porque el drama del tradicionalismo oficial es ese. El no saber qué hacer, el carecer de orientación.

En Pamplona hay unos cuantos jóvenes animosos, entusiastas, de los que «dan la cara» en las calles, pero... que no pasan de eso. No es que nosotros les censuramos, nada de ello. Los encontramos verdaderamente leales y finos. Greemos que son los únicos que hacen «algo» por que se conserve el buen nombre del tradicionalismo.

Pero no basta. Es necesario que el partido se organice en forma que se haga respetar. Es preciso, además, que tenga orientaciones sociales definidas y claras.

Y es indispensable adoptar una táctica especial, tanto de defensa como de ataque, no sólo para Pamplona, sino para toda Navarra, y hay algo de ello. ¿Se les pasan siquiera por la imaginación tales problemas a los dirigentes?

En cambio lo que saben hacer bien... porque es lo único que les interesa y lo único que no exige ni sacrificios, ni peligros ni riesgos de ninguna especie es las elecciones.

Han llegado a la fórmula ideal. La del Bloque. Y menos mal... para ellos, que han triunfado las izquierdas, porque de haberlo hecho la Ceda, para esta fecha el Bloque se habría hecho polvo... a no ser que los tradicionalistas oficiales se hubiesen avenido a figurar en él, como minoría.

Continúa, pues, el tradicionalismo, como lo hemos dicho al comienzo, en el punto muerto.

JOSE ECHARRI.

De re-carlista

Al terreno de la práctica

Escribimos estas cuartillas sobre una de las mesas de un centro de las organizaciones «rojas». La preocupación, que no la inquietud, nos ha zambullido en este lugar en cumplimiento de nuestra misión. Jamás la inquietud tuvo espacio en nuestro ánimo, en el cual sólo puede suscitarse falacias o pusilanimidad, desequilibrio en los nervios y nubosidades mentales que estorben la clara y precisa visión del momento político.

Entregarse en este momento a las nimiedades, a los personalismos, reflejando incluso en la hoja impresa, dentro del área patriótico en que debemos valernos, es dar al traste con lo ponderable de nuestra significación; es rebajar el mérito de lo que se pretende imponer con títulos de responsabilidad; es *hacer al revés* de lo que se quiere inútilmente demostrar.

No son horas, éstas del Carlismo, de recrearse en pruritos simplistas, de manifestarse con histerismos impropios a la gravedad y al equilibrio de quienes se precien disciplinados en un ideal transcendental que requiere más bien el reajuste de esfuerzos prácticos, si hay voluntad desinteresada para ello, a tenor de la historia del presente. El triunfo del Carlismo no puede esperarse sino con procedimientos puramente carlistas. Ellos son los medios adecuados que mejor logren la salvación de la patria en peligro. Pero si en lugar de concurrir con la preocupación y la voluntad a la coordinación de los precisos e inaplazables, hay quien prefiere seguir en los deleites de la *charla redentora* bajo el influjo de crónicas quimeras, entonces preferible es rendir el arma que se posee, por legendaria que parezca a la cruda realidad, por inservible, inadecuada o inútil, y dadas las trazas de impericia en quien la maneja.

El Carlismo necesita y exige preocupación y actividad, seriedad y acción continuada dentro y fuera de sus propios medios.

La organización carlista fué en tiempos temible en la historia política, cuando tanto dirigentes como dirigidos supieron situarse en el terreno de la práctica y sin contar con la anuencia del mismo Caudillo, de quien supieron hacerse dignos por su propio esfuerzo, con el valor de los hechos. Los carlistas del 73 no esperaron a ver qué decía el Rey, a quien mantuvieron, además, sin conocimiento de los proyectos y de los planes que con sacrificios y con celo desarrollaron hasta el momento preciso en que se le fué a buscar para repasar la frontera con él. Y entró Carlos VII en España.

¿Qué hubiera sido entonces si los carlistas en lugar de situarse en el terreno de la práctica hubieran perdido el tiempo en pequeñeces y personalismos, dando satisfacción a las pasioncillas y a las intrigas, que a nada útil conducen si no es a la decepción y a la división?

Nosotros, nos debemos a la realidad que aconseja—como aconsejaba hace 63 años—un *saber hacer* de conformidad con los tiempos, el aprovechamiento de las circunstancias que cada momento nos brinda. Si hasta hoy las normas seguidas—si alguna hubo en verdad—produjeron un constante fracaso, de necios pecaríamos si no tendiéramos a variar de táctica y de procedimientos, para no reincidir en las mismas torpezas de siempre. A eso vamos. El tiempo dirá si tuvimos razón.

En la campaña electoral de 1871, los carlistas de la provincia de Madrid, creyeron de necesidad servirse de una alianza con los republicanos para una acción decisiva contra el régimen exótico. Los nombres de don Patricio Lacy, don Santiago Martín y don José Eguiluz, de la Junta Provincial Carlita (constan como encargados de aquella organización que más tarde había de dar como resultado el alzamiento de algunas guerrillas el 72 y la guerra civil del 73. Ellos fueron los colaboradores de aquel manifiesto que expresaba claramente el patriotismo que animaba a todos ellos y el buen deseo que los unía «para que España sea de los españoles.»

Ibamos los carlistas de hogaño olvidando que lo éramos. No comprendemos cómo poseyendo una historia familiar plena de ejemplos de nuestros mayores, que nos dejaron trazada una trayectoria clara y definida, se dé lugar a que se produzcan esas quejas y esos desalientos que parten de todos los sectores del Tradicionalismo; como si se hubiera perdido la cabeza y el cuerpo se rigiera sin control; como si existiéramos sin la *ficha* de nuestra propia consecuencia, cuando poseemos el concurso de la voluntad, de la experiencia y de la sabiduría acumuladas de nuestra propia historia.

J. MONTAGUT.

Barcelona, 25 de mayo de 1936.

Las ocultas complicidades del tiempo viejo

Documento histórico interesantísimo que no podemos dejar de consignar aquí, para enseñanza de las generaciones que hoy viven, es la nota que el Secretario de Estado de la Santa Sede dirigió al Nuncio de Madrid, monseñor Amat, ordenándole salir del Reino, con fecha 6 de agosto de aquel año, en el cual se señalaban las culpas y las responsabilidades de aquellos acontecimientos más que vergonzosos, indignos de todo país que se dice civilizado. No hemos de insertarlo íntegro, pues basta a nuestro propósito, el transcribir, solamente, uno de sus párrafos. Refiérese, principalmente la nota, a la supresión de la Compañía de Jesús, acordada por decreto ministerial de 4 de julio de dicho año 1835, y a la aplicación de sus bienes y rentas a la extinción de la Deuda pública, pero en el párrafo que nos interesa dice lo que sigue:

«Tuvo Su Santidad que deplorar las inauditas atrocidades bárbaramente realizadas contra buenos y tranquilos religiosos, el saqueo de sus conventos y tan-

tos otros males hechos a la Iglesia por la facción antirreligiosa, que se dejó llevar contra los templos y contra los eclesiásticos a excesos que causan horror, y no por esto retiró de España su representante ni desistió de las negociaciones entabladas para poder proveer de Obispos las Iglesias vacantes, sin perjuicio de los privilegios de la Corona de España, y sin dañar los derechos de persona alguna. Pero viendo ya el Santo Padre que las ofensas hechas a los sagrados derechos de la Iglesia no pueden dejar de atribuirse, desgraciadamente, al Gobierno, viendo desatendidas y con tan mala correspondencia sus paternales reclamaciones, no puede permitir por más tiempo que su representante permanezca mudo espectador de los agravios que se hacen a la Iglesia, ni que su presencia en la capital de España pueda interpretarse como una señal, si no de aprobación, al menos de indiferencia, en la Santa Sede, por todo aquello que se hace en perjuicio de ella y de la Iglesia.»

GRÁFICAS SÁNCHEZ—LARRA, 13.

hacia un año; indudablemente necesitaba una persona a quien confiar la asistencia de tres hijos que éramos de su primer matrimonio. A su lado pasé mi niñez asistiendo a la escuela y entregado a los juegos infantiles propios de esta edad.

Al llegar a los catorce años vino la revolución de septiembre y entusiasmado con los triunfos obtenidos en la guerra de África por el General Prim, celebré como los demás amigos el éxito de este personaje, cantando las populares canciones dedicadas a él; mas he aquí que en seguida sufrí un desencanto, al oír a mi familia y sobre todo a mi querido padre, que la conducta de aquellas gentes era antipatriótica y antirreligiosa; y que era indigno de pechos españoles los insultos dirigidos a aquella dama, reina de los tristes destinos, como dijo el sabio y clarividente Aparisi.

La fe religiosa y divina existía, existe y Dios mediante, hasta la muerte existirá en mi alma; pero desconocía e ignoraba en qué partido político imperaba esencialmente esta fe; y examinando y observando los diferentes credos que cada uno exponía y practicaba, me convencí plenamente de que en ninguno se tomaba por fundamento esta virtud más que en el partido carlista. Verdad es que por educación estaba predispuesto a ello, no necesitando más que saber el partido que se fundamentaba en esta fe.

Mi padre, que me veía en esta época con bastante aplicación en los estudios escolares, y comprendiendo que ya me encontraba al corriente de la primera enseñanza, me preguntó cierto día: si quería seguir alguna carrera y cuál elegía? Le contesté que sí y que ser sacerdote; debo mani-

luchó este veterano, aquí va consignado. Lo que observó en los hombres que a su lado y frente a él lucharon, le está hoy vedado decirlo, quizá en día no lejano sea objeto de otras páginas.

LUIS FAJARDO

La Oliva de Mérida—17—X—13.